

CULTURA: NORMA SUSTANTIVA DEL DESARROLLO DEL HOMBRE

Prof. Alfonso Chase
Asociación de Autores

1. A la obligación, presuntuosa, de responder a las interrogantes de la relación entre cultura y sociedad, en Costa Rica, o en cualquier otro lugar del universo, surge siempre la interrogante, con su respuesta, del antropólogo Bronisław Malinowski, sobre la concepción y sentido de la cultura: esa unidad de lo que el hombre hace, material y espiritual, y que refleja su evolución constante, tomando en cuenta el devenir histórico, como norma adecuada de comparación.

Como producto social, la cultura expresa la lucha del hombre por el dominio de la naturaleza, vista como fuerza productiva, que le alza de la incertidumbre para proyectarlo hacia sí mismo, o hacia las estrellas. Esto: el punto de vista de un poeta, un creador.

Como interrogante, también, los sociólogos políticos, académicos, filósofos, han elaborado intrincadas teorías que se remontan al banquete platónico —como convivio— para expresar una trayectoria general de la cultura. Otros, más específicos, engloban en la idea de cultura la técnica, la ciencia, el saber, las normas morales y arte y buscan el espejo que refleje el conjunto, para dar una idea de la cultura, con pleno derecho a identificarla como *norma sustantiva* del desarrollo del hombre.

En Costa Rica, por suerte, tenemos pocos teóricos de la cultura, que son, la mayoría de las veces, personas que no hacen cultura, sino que se proponen sistematizarla, para buscarse un lugar en los esquemas medianos del hecho cultural. Concibo la cultura, entonces, como un pleno dominio de la historia, personal y colectiva, dentro del marco de procedencia social que nos permite tener el discernimiento, como una apropiación real de las condiciones sociales, materiales y espirituales del hombre.

Como el mundo es viejo, también por suerte, nuestro país reproduce, como un espejo de ilusiones, la eterna lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre lo naciente y lo caduco, en los diversos sectores sociales que producen cultura. La fetichización de ésta, en sus múltiples aspectos, nos obliga al rechazo del hombre culto, cuando esto significa *ocupar un privilegio*, en detrimento de los que llamamos incultos, que no ocupan ese lugar por razones de privilegio, también, pero a la inversa.

2. En un país con índices de alfabetización aceptables, como el nuestro, el nivel medio de cultura responde a un sentido de formulación del *dominio de la letra escrita*, perdiendo de vista que la aceptación literaria de los índices oficiales ocultan —y constituyen un grave problema— la pérdida del contacto del hombre con la cultura, principalmente con la escrita, para dar paso a la formulación de grandes masas de analfabetos potenciales, los cuales van perdiendo la capacidad de confrontación que implica el enfrentamiento al texto, lo que éste dice, y a la lectura selectiva, crítica y profunda, del mensaje final de lo que los escritores, los artistas y los políticos dijeron, dicen o piensan. Esta relación de la cultura con la sociedad, en su relación de intercambio, ha producido, también, ciertos mitos sobre la asimilación por parte del conjunto social, del pensamiento cultural de determinados pensadores, artistas, filósofos o pensadores, que durante mucho tiempo han constituido el pensamiento oficial, en detrimento de un pensamiento marginal que, al paso de los años, y a partir de 1960, constituye un complemento que ha venido a imponerse en el medio cultural, como una forma natural de aceptar, por el ingreso a la modernidad, opiniones, obras y actitudes que duraron para imponerse casi cuatro décadas, o más aún, rescatadas por investigadores, literatos y profesores, y que constituyen la memoria auténtica de la nación. Es interesante notar que en nuestra patria, quizás por influencia del pensamiento positivista, liberal, laico, libertario, y hasta cierto punto planetario, nuestros más representativos creadores han empuñado, con valentía y creatividad, un pensamiento creativo de indudable raíz progresista, que visto con recelo al principio, luego se ha convertido en norma de conducta de la colectividad, que lo interioriza en su manera de concebir la naturaleza de su comportamiento colectivo. Pienso, a lo que me he referido en otras ocasiones, en lo que he llamado *cultura de la paz*, que refleja ese centro civilista, republicano y laico que nos distingue como pueblo, con una fisonomía nacional muy particular, y a la expansión de la información —o la lectura entre líneas— de lo que se nos suministra como verdad efectiva en el proceso de información social. La derecha rampante, a diferencia de la de otros sitios, no tiene en nuestra patria intelectuales calificados, o con obra congruente, lo que se refiere, y que comenté al principio, de la lucha eterna entre lo nuevo y lo viejo, en el sentido de que entre los creadores más jóvenes no existen relevos, sino más bien *afirmación* de lo mejor de la cultura que les antecede, como medio de plantear lo que podría constituir la cultura del futuro.

Dado que todavía no tenemos —al menos escrita— una historia de las instituciones culturales, desde las Escuelas de Primeras Letras (1820) a las más sofisticadas muestras de la infraestructura cultural, pasando por la Escuela Normal, el antiguo Ateneo, la efímera Universidad Popular, etc., que es la historia de las relaciones entre la sociedad y cultura, tenemos la tendencia a referirla al pensamiento de personalidades descollantes, que las ha habido, dejando de lado el medio social que los produjo, sobre todo el carácter viajero del costarricense, en un período en que, no habiendo universidad, nuestros principales creadores se formaron en el exterior, o aún, caso de Rafael Cardona, Eunice Odio, Yolanda Oreamuno, Max Jiménez, Vicente Sáenz, hicieron su obra de madurez alejados de nuestro país, pero en contacto perenne por los problemas más consustanciales de nuestra cultura de

meseta, sobrepasándola, y en el caso de Brenes Mesén, por citar uno solo, dándole una dimensión universal, que sólo se concibe por ese carácter de amplitud del costarricense, que le ha permitido desarrollar un deseo de respirar nuevos aires, para oxigenar su visión de la sociedad costarricense.

Los personajes, y temas, de estos artistas, son nuestros en la medida en que reflejan las contradicciones sociales de nuestro entorno, buscando superarlos por ese afán de amplitud que caracteriza al verdadero creador nacional. Difiero, y es evidente, en señalar como paradigmáticos a los creadores que reflejan el *color local* de nuestro paisaje, o del enmarañado lenguaje, y a veces postizo, con que hacemos hablar a nuestro pueblo, para no perder el sentido de color local que algunos quieren darle a nuestra vida cotidiana.

Esta ha sido la lucha más grande que se ha planteado nuestra sociedad para definirse y autovalorarse, en el plano de la cultura, buscando encontrarse, no en los límites de su frontera, sino en problemas universales que tienen su expresión en la obra de sus creadores. *Juan Varela*, vista como obra universal, p.e., destruye el mito de la insularidad para volverse un tema central de la narrativa de los treinta en América Latina, y contemporánea de nuestro tiempo, al reflejar los problemas agrarios que viven todavía nuestros campesinos. La obra de un artista como Max Jiménez, en los campos del grabado, la poesía, el ensayo, la narrativa, nos engarza con el nacimiento y afirmación de las vanguardias, y tiene una vigencia que ya nos deseáramos los escritores contemporáneos, para ser ese espejo que me referí al principio. Nuestra sociedad, reflejada en esas obras, se encuentra y se siente viva, como producto social que ellas son.

3. Un sector de mi generación, a partir de 1965, cuando apenas teníamos 20 años, tuvo que proponerse una *contralectura* de las fuentes tradicionales, y hasta esa fecha conocidas, del desarrollo cultural y social de nuestra patria, tomando en cuenta dos aspectos que denotaban la expresión cultura—sociedad, reflejada en la historiografía social, política y cultural de ese tiempo, signada por la preeminencia de los gustos conservadores, en los textos, y a la hegemonía cultural y política de lo que se llamó Generación del 48, que materialmente escribió la historia del desarrollo cultural y espiritual del país, en los campos de la historiografía literaria, de las ideas político—filosóficas y del entorno social que sustentó la base material de la cultura, como producción de obras, personalidades, momentos, y hasta instantes del desarrollo cultural. Toda la esquematización en ese campo, que dio luego sentido a la valoración y análisis sociopolítico de la cultura, en su relación con las diferentes etapas del desarrollo social de la sociedad costarricense, desembocaban a un presunto vacío, en el cual los conceptos que dan tema a mi indagación —espejo y espacio— no existían, como para no afirmar que no había *cultura costarricense*, sino un desarrollo cronológico de escritores, obras y movimientos, que brotaban por sí mismos, o por influencia de ideas foráneas, la mayoría de las veces y que, por exceso de conservadurismo en el enfoque, sólo eran actitudes miméticas de tal o cual movimiento artístico—cultural, llegado a nuestro país, y medio asimilado por nuestros creadores.

La riqueza del descubrimiento, por contradictorio, y al darse en un ámbito académico —la mayoría de los creadores éramos artistas universitarios— trajo como conclusión que la relación entre sociedad y cultura, en el ámbito costarricense, tenía un sustrato político de gran envergadura, que muchos trataban de soslayar, cuando no de ocultar, buscando respuestas esquemáticas, que luego se

fueron ampliando hasta culminar en los trabajos de historiografía cultural, principalmente en el ámbito de la literatura, que se afirman de nuestra irreversible, a partir de los años 1970 en adelante, en mi caso influidos por Antonio Gramsci, la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, los trabajos de Angel Rama y David Viñas, pero sobre todo por la influencia de los estudios producidos por Casa de las Américas, sobre las relaciones sociales de la literatura y el arte, en su inserción en el desarrollo histórico de nuestra América.

4. Confúndese a menudo, aquí y en todo lugar, la iletralidad con la incultura, surge así, la *cultura de la incultura*, que por sus lazos con lo popular, en lo que esto tiene de profundo, representa un esfuerzo apreciable de los que apenas tienen voz por avisar la memoria dormida de su historia. Conviene con la cultura de los cultos, despreciada a veces por su carácter refinado, erudito, sofisticado o elegante, y que, asusta, hiere, goza, inquieta, como no sea para disfrutarla, como una forma paralela de expresión, que refleja, también, las mismas pasiones culturales que animan al hombre a expresarse.

En el sistema de la moda, propio de sociedades con cultura refinada e inocua, tendemos a establecer divisiones tajantes en la cultura. Lo hicimos en 1894 cuando afirmamos que tanta expresión humana y literaria tenía una indita de Pacaca como una señorita de París. Más allá, por cierto esnobismo costumbrista, erigimos en paradigmas las *Concherías* de Aquileo en detrimento de los versos dinamantinos de Lisímaco Chavarría, para dividir el mundo cultural en un juego maniqueo de blanco o negro, eterno intercambio de dominó para ocultar la diferenciación cultural, propia de la naturaleza humana.

Es evidente que en Costa Rica, y es un lugar común, la cultura es producto de su sociedad, como que a la vez, por un intercambio proteico, nuestra sociedad es producto de nuestra cultura. He hablado, y no se me ha comprendido del todo, de una *cultura de la paz*, expresada desde la colonia, cuando Domingo Jiménez, el Coplero, allá por 1575, dejó oír sus versos por tierras agrestas, buscando, en imprecaciones amorosas, la razón de su destierro y los dislates gachupines, contra la esencia criolla, de Anguciana de Gamboa. Este carácter dual de la cultura se repite al través de la historia, ennuvilado por el problema sustancial de la cultura, es decir, de los gustos, impuestos por quienes dominan, con plena conciencia, de lo que Althusser denominó con certeza, los Aparatos Ideológicos del Estado.

En mi trabajo cotidiano, como investigador de la cultura costarricense, he buscado, y más aún, rebuscado, el carácter real de la cultura nacional, oculto en la memoria de nuestro pueblo, y muchas veces vilipendiado por nuestros historiadores de la literatura.

Es así como me he encontrado que la cultura, y su relación social en Costa Rica, tiene, como la diosa Jano, dos caras. Los gustos de la época, hasta aproximadamente 1960 sumamente conservadores, nos ocultaron conservadores, nos ocultaron a relevantes figuras, con su obra, por razones de una visión hegemónica, a veces teñida de eurocentrismo, otras de un costumbrismo mal entendido, esgrimido como arma para darle contenido a una presunta cultura nacional—popular, cuyos gustos y disfrutes no ameritan la mejor reflexión. Este fenómeno, que es universal, que se repite a través del tiempo, tiene un tamiz importante que generalmente se soslaya: la presencia de los gustos como

una expresión de la época. La culpa colectiva de la época no nos permitió ver, durante muchos años, en la vida social, el desarrollo y afirmación de la obra de escritores y artistas que hoy lucen como clásicos de nuestro tiempo, pero cuya obra, hecha hace ochenta o cincuenta años, estuvo entre los barruntos de una historiografía cultural, impuesta por razones sociales, es decir, culturales, sin que exista posibilidad de señalar culpables, en un proceso eminentemente dialéctico, que sólo ahora tiene la visión dialógica para ser comprendido. Tenemos así la presencia, insustituible, de la obra de Enrique Echandi, Joaquín García Monge, Max Jiménez, Blanca Milanés, Rafael Cardona, Luisita de Sáenz, Yolanda Oreamuno, Rómulo Tovar, Juan Rafael Chacón, Eunice Odio, Francisco Zúñiga, Ana Antillón, Lolita Fernández, para citar algunos, de los que se adelantaron a su tiempo, usando en sus obras normas y visiones culturales de avanzada, que en su momento no fueron comprendidos, adrede, porque soliviantaban la concepción cultural de la época.

Estas normas culturales, transgredidas en su tiempo, resultan hoy inocuas, por ejemplo en el campo de la política, en figuras como Alfredo González Flores, Vicente Sáenz, Rafael Angel Calderón Guardia y José Figueres, que transgredieron las *normas culturales* de su tiempo para imponer, como insoslayables, reformas o planteamientos que tienen que ver con la expresión cultural de sí mismos, como individuos, o con la expresión colectiva del ser humano, que se refleja en su valentía por romper esquemas.

Esta visión universal de la cultura, con asidero en el pueblo—nación, acaba por imponerse, como una manera de darle forma a ese sentido universal de la cultura, que tiene en el marco del reflejo del hecho social en la obra literaria, y el rechazo de lo cosmopolita como accesorio, y adventicio, en la formación de la verdadera cultura, en lo que ésta tiene de sustancial, como expresión del espíritu y del trabajo del hombre y la mujer.

Es evidente que a partir de 1948 se empezó a dar una revaloración cultural de grandes dimensiones, que solapadamente trabajó durante más de diez años, para gestar como resultado, lo que se conoce como Generación del 60, que procedió, en un lapso de una década, a descubrir, valorar y difundir los rasgos esenciales de la cultura contemporánea, en sus dos vertientes esenciales: la cultura hecha por una élite, válida por sí misma, y rasgos de la cultura popular, o emergente, que marcan el *nacimiento de la modernidad*, a partir de 1935, con la creación de obras influidas por el realismo social, o más atrás, por la búsqueda de la generación nacionalista de artistas plásticos, que indagan en las raíces de nuestro proceso histórico, para la esencia y proyección de su trabajo creativo.

5. No se puede hablar, siguiendo esquemas abstractos, del desarrollo de la cultura nacional, sin afirmar el valor institucional de la cultura nacional, sin afirmar el valor institucional de la cultura estatal, a partir de 1961, con la creación de espacios de producción cultural, de instituciones que objetivamente han mantenido un clima de libertad y pluralismo, como reflejo del anhelo mayoritario del costarricense de aceptar, y estimular, diferentes vertientes del quehacer cultural, espacio que permitió, por ejemplo, la creación de editoriales, compañías especializadas de teatro, música, danza, lírica y la apertura de infraestructura cultural, como museos, auditorios, centros culturales, y sobre todo, remozó de manera muy importante los departamentos de arte de las instituciones de educación superior.

Confieso, como protagonista de algunos de esos cambios, que siempre se dieron conflictos saludables, y a veces hasta encontrados, en esta lucha por imponer nuevas visiones, o retomar la herencia histórica cultural, venciendo prejuicios, problemas generacionales, o la preeminencia de individuales culturales, sobre cuya hegemonía dimanaba el principio de prestigio, que tiene sus dividendos en las tiendas de los partidos políticos, primero, y luego en el usufructo de los beneficios de la cultura.

Una suerte muy especial, y criticada, ha hecho que las instituciones culturales del Estado no tengan una política oficial sobre el quehacer cultural, estratificada o verticalista, la cual se pretende imponer en el espacio cultural, o bien definir como la quinta esencia del modelo cultural por excelencia. Hay opiniones, programas y proyectos, que no pueden realizarse, óptimamente, si no se tiene en cuenta la posibilidad de existencia de la *cultura alternativa*, y también de la *cultura de la resistencia*, que existe dentro de la pluralidad de intereses que conforman el cuerpo social, sobre todo entre aquellos creadores que no comparten los perfiles de ese posible modelo.

De 1970 a la fecha, podemos reseñar que el espacio de la cultura se ha ampliado y se ha desarrollado de manera muy importante, la creación de cultura en nuestras universidades, que considero esencial para mantener espacios de creatividad críticos, científicos y enraizados en esa relación entre la Universidad y la comunidad nacional.

Es evidente, y constituye un lugar común, que no existe prioridad, financiera o programática, por parte del Estado para el sector cultura. Esto ha sido una constante por la dispersión de ideas en este sentido, y la preeminencia de otros asuntos por sobre la cultura, nos empuja a una situación que, siendo negativa también el valor positivo de la no instrumentalización de la cultura por medio de la totalidad del aparato estatal.

El costarricense, cuando se le fuerza al dirigismo, en todo sentido, reacciona de manera clara, rechazándolo, buscando ese espacio de libertad a que todos tenemos como consustancial en nuestro desarrollo institucional.

Para cerrar mi intervención, vuelvo al principio. Sobre la concepción de Malinoski relativa al concepto de cultura, señalando su carácter social, su profunda vinculación con los intereses mayoritarios de la sociedad, pero permitiendo, como debe ser, la creación por parte de élites, ilustradas y con visión universal, partiendo del espacio del estado-nación, que coloca a la cultura en el sitio que le corresponde. La sociedad es un producto de la cultura y, ésta, un trabajo vinculado específicamente con la totalidad que encierra el aporte de la humanidad al desarrollo de la ciencia, la técnica, el arte, en un nivel histórico superior. De allí que podamos hacer coexistir, con dignidad y orgullo, las figuras de Yolanda Oreamuno y Carlos Luis Fallas, las obras de Eunice Odio y Domitilio Abarca, los versos de Jorge Debravo y Laureano Albán, los cuadros de Jorge Gallardo y Lolita Fernández. Los viejos esquemas culturales, útiles para la confección de tesis que nadie leerá nunca, han muerto, totalmente eliminados por el pueblo, en su conjunto de sectores lúcidos, que se han apropiado de ellos y se ha encontrado en estas obras, como reflejo consustancial de un lenguaje común.

La vieja cultura ha muerto. De ella, como de todo cadáver útil, saltan, multicolores, las mari-

posas de la nueva cultura. Lo único que nos queda, en un acto de humildad absoluta es declararnos *absolutamente incultos*, para volver sobre el *significado real* de la cultura: eso que nos hace más lúcidos, conscientes, respetuosos o arrogantes, valientes o tímidos, nacionales y universales, buscando la develación del mundo en un verso de Novalis o Goethe, así como en un reportaje de Miguel Salguero, o las palabras, temblorosas de amor y vida, de un anónimo narrador campesino, que deben leerse, y ahí esta magia científica de la *lectura cultural*, como magistrales condensaciones del verbo y la vida, historia verdadera y justiciera, de nuestra sociedad.